

tumbre en todos los individuos de su familia, y se quedan generalmente en la region septentrional de la montaña durante algun tiempo, mientras que las hembras, los cabritillos y los individuos mas jóvenes de uno y otro sexo prefieren habitar en sitios menos elevados y eligen por morada fija los bosques de cedros que se hallan en las alturas. Segun Kotschy, pasan todo el día ocultos detrás de las sombrías pendientes de las peñas y solo de noche salen en busca del alimento, trepando entonces mas allá de los confines del bosque hasta las mas altas cimas; otros, por el contrario, dicen que nuestro animal sale á primera hora de la mañana del bosque, donde ha pasado la noche, gana las alturas y paze todo el día en el límite de los ventisqueros, volviendo á la selva por la tarde. Las plantas sabrosas y jugosas en verano, y la yerba seca, las hojas aciculares de los cedros, las hojas y frutos de varias clases de encina en el invierno constituyen la base de su alimento; en las demás estaciones del año se nutren de los retoños de los árboles y matorrales, buscan con tal regularidad las rocas cubiertas de sal, llamadas *dusia* por los pastores turcos, que es seguro encontrarlos cerca de las mismas, pudiéndose observar como lamen su superficie en ademan de pacer. Luego que las nevadas de invierno han cubierto los altos picos de la cordillera, bajan los machos para juntarse con las hembras y pasar en su compañía la cruda estacion; al principiarse la primavera suben estas á las cumbres de donde ha desaparecido la nieve, para dar á luz á sus hijuelos.

La cabra silvestre tiene las costumbres de la alpina é hispánica; corre rápidamente y con seguridad por los mas peligrosos senderos; permanece horas enteras mirando al fondo de los abismos sin temer el vértigo; trepa admirablemente y da saltos tremendos con valor y ligereza.

Dominada siempre por el temor, librase de la mayor parte de los peligros, merced al desarrollo y perfeccion de sus sentidos; olfatea desde léjos y percibe el mas leve rumor.

El período del celo tiene lugar en noviembre, y trábanse entre los machos terribles y obstinadas luchas, como lo prueban las mellas y lo descantillado de los bordes anteriores de sus cuernos. En abril ó en mayo paren las hembras jóvenes uno ó dos pequeñuelos, las mas viejas, generalmente dos y con frecuencia tres; estos siguen á su madre á las pocas horas de nacidos; acompañanla tres dias despues hasta por los mas peligrosos senderos; crecen rápidamente y, como todas las cabras, son inclinados al retozo.

Para apoderarse de estos pequeñuelos, reúnen, segun Kotschy, tres ó cuatro montañeses del Tauro de Cilicia antes que empiece la cosecha de la cebada en las aldeas situadas en la montaña; trepan á la cumbre de esta y espian á las cabras preñadas, las cuales escogen para parir un lugar inaccesible y suelen acudir á este con bastante frecuencia y regularidad. Cuando se ha podido dar con dicha cabra y descubierto al mismo tiempo que el lugar por la misma escogido es de fácil acceso, ocúltanse convenientemente nuestros montañeses y no pierden de vista al animal hasta que ha parido. A los tres dias de efectuado el parto, ahuyentan á la hembra y le arrebatan los pequeñuelos, los cuales son trasladados inmediatamente á la aldea para darlos á una cabra doméstica que los amamante. Como esta abunda mas en leche que aquella, átanse y cúbrense sus tetas con una bolsa de cuero, que imita perfectamente los pezones de la cabra de bezoar, á fin de que no salga el sabroso liquido en tanta abundancia. Los pequeños cabritos silvestres son siempre amamantados por cabras jóvenes, por haberse notado que con las viejas no suelen conservarse; y aunque la leche de las hembras de bezoar es mas rica y dulce que la de la cabra doméstica, se acostumbra con bastante facilidad al ama y á su leche. De

entre ellos el que mas fácilmente se conserva, es el nacido en hora temprana y solo; crece con mucha rapidez, segun dicen los indigenas, y llega á tener cuernos mas fuertes y largos que los animales gemelos de su clase, en términos que un cabrito de bezoar viene á ser, cuando ha nacido solo, una preciosa presa.

En el Asia occidental acometen muchos carniceros á la cabra silvestre: el linco y la pantera en el Tauro, el tigre y el leon en las cordilleras de Persia son enemigos peligrosos para los individuos viejos, mientras muchas águilas y quizás el buitre no lo son menos para los jóvenes. Un día en que Kotschy subía al alto pico de Damavend en la Persia del norte, vió como un tigre perseguía á unas cuantas cabras de bezoar, las cuales amedrentadas por este, de tímidas se volvieron atrevidas y corrieron á refugiarse entre una manada de mulos que estaban allí paciendo. La terrible fiera se hallaba á una distancia de 500 pasos de las cabras sobre una pequeña eminencia; solo cuando vió el humo del fuego encendido por uno de los arrieros, huyó meneando la cola y gruñendo con marcadas muestras de mal humor y cesó en la persecucion de nuestros animales, que acosados por aquel buscaron su salvacion trepando á los resaltos del citado pico.

CAZA.—Gracias á una supersticion aun hoy muy extendida, aunque ya hace tiempo refutada, en muchos países del Asia persigue el hombre con afán á estas alegres hijas de la montaña: créese que en el estómago de las cabras silvestres se encuentran mas á menudo que en el de otros rumiantes aquellas bolas ó concreciones pétreas llamadas bezoares, y por eso en todos los lugares donde se tiene fe en la eficacia terapéutica de dichas bolas, persiguen los cazadores con tanto empeño á las cabras que las producen. Desde las mas remotas épocas se han reservado los príncipes el monopolio del comercio de los bezoares. Bontius sabia ya que todas las virtudes que á estos se atribuyen, son del todo imaginarias; y Rumpf cuenta que los indios se burlaban de los europeos, los cuales creian encontrar bezoares en el estómago de las cabras salvajes, porque en su concepto proceden estos productos de los monos. Lo cierto es que se han empleado bezoares de todas clases, no solo de nuestras cabras, sino tambien de otros rumiantes. Este remedio se paga todavía hoy á un precio muy subido en Persia y en todas las Indias, siendo esto causa del creciente afán con que se caza á estos animales.

No es empresa fácil apoderarse de estos rumiantes, porque habitan las altas montañas y saben ocultarse muy bien; por lo tanto es necesario valerse de la misma astucia y adoptar iguales precauciones que para la caza de las anteriores. Kämpfer, que en 1686 asistió á una de estas cacerías, cuenta que para llegar al terreno de las cabras fué preciso trepar durante seis horas por la montaña Benna, en Persia, pasando por senderos muy difíciles. En aquel punto eran muy numerosos estos rumiantes; pero el primer día no se cazó nada; el segundo se mató un macho que tenia un bezoar en el estómago, y solo pudieron obtenerse dos mas en cuatro dias de caza.

Ni en las islas del archipiélago griego, ni en el Cáucaso ó Tauro de Cilicia parece saberse nada acerca de los bezoares, pues en estos sitios no se caza á nuestra cabra mas que por la carne, el vello y los cuernos. Tanto en Antimelos como en Creta se encargan de perseguirla tan solo algunos pocos pastores muy familiarizados con aquellas montañas, de modo que aun hoy dia tienen aplicacion por lo que mira á los montes de Creta las palabras del poeta: «Nunca penetran allí los incansables é insidiosos cazadores, los cuales difícilmente se abren paso al través de los bosques y malezas y suben á las altas cumbres.»

LA CABRA DE FALCONERI—CAPRA MEGACEROS

Entre las demás cabras merece especial mencion la cabra de Falconeri, el *markhor* ó *markhur* (ofiómaco) de los afganos, el *rawacheh* (cabra de grandes cuernos) de los habitantes del Tibet, el *tsura* (cabra acuática) de los moradores de Cachemira, el *rafs* y *rusch* de otros pueblos del Himalaya; pues pudiera tambien ser considerada como tronco de nuestras cabras domésticas.

CARACTÉRES.—Esta cabra es casi del mismo tamaño que el ibex alpino; mide 1^m,55 de largo, correspondiendo 0^m,18 á la cola; su altura hasta la cruz es de 0^m,80. El cuerpo es mas bien delgado que recogido; las piernas medianamente largas; el cuello bastante largo y robusto; la cabeza relativamente grande; las orejas pequeñas y puntiagudas; la cola de mediana largura; el pelaje es abundante y se distingue especialmente por una barba muy fuerte y por el abundante pelo que cuelga del pecho. Caracterízase principalmente por sus pesados y extraños cuernos, los cuales se presentan con formas mas variadas que en las otras cabras salvajes: medidos en su curvatura tienen 1 metro de largo; su corte es semi-ovalado y presentan en sus extremos una protuberancia en forma de ranilla. Muy cerca el uno del otro en la base, elevanse mas ó menos rectos hácia arriba y atrás, y separándose luego mas ó menos, se contornean en espiral, describiendo dos inflexiones, á veces una y media de dentro á fuera; la cara anterior tiene los bordes ó aristas menos marcados que la posterior; los pliegues, transversales, están fuertemente pronunciados y los anillos de crecimiento son bastante profundos. En algunos machos presentan los cuernos la forma de sacacorchos, mientras en otros son las inflexiones muy anchas, pero sin dejar de tener la forma espiral: en los primeros suben casi verticalmente y del todo rectos, al paso que en los segundos se encorvan mas hácia atrás y afuera, se comprimen, y tienen entonces una configuracion tan diferente de la de aquellos, que podría sospechase que los animales que los llevan pertenecen á una especie particular, á no concordar los otros caracteres, especialmente el color del pelaje. Este se prolonga en la parte superior del cuello, en las espaldas y á lo largo del dorso hasta el sacro, de modo que forma una especie de melena; crece en mucha abundancia en toda la parte anterior del animal, forma una muy poblada barba y cubre aun mas abundantemente todo el pecho y la region anterior del cuello, alcanzando en los machos viejos hasta las articulaciones del tarso; va sucesivamente acortándose desde el dorso hasta el vientre y alcanza su menor largura en la nariz y en las piernas. Los pelos largos parecen ondulados y crespos, al paso que los cortos son lisos y lacios. El color del pelaje, aunque casi siempre uniforme, varia segun la estacion: en verano domina el pardo gris claro ó leonado, el cual se hace mas oscuro en la parte superior de la cabeza y junto á las piernas y tira á pardo oscuro en la barba y en la cola cubierta de dos series de pelos; en las partes donde estos son largos, se notan rayas ondulantes pardas, á causa de terminar en puntas de este color. La cara anterior de las piernas, excepcion hecha del carpo que es de un gris isabela y el cúbito que es blanco y cruzado por una raya de color pardo, es mas oscura que la posterior; debajo del tarso se presenta una raya cuneiforme de color aun mas oscuro, cuya punta se dirige hácia la division de los dedos. La cara interior de las piernas y el vientre son mas claros, casi de un blanco gris. Al acercarse el invierno, las puntas de los pelos pierden su color y el bozo aparece mucho mas abundante, de lo que resulta que el pelaje parece mucho mas claro que en verano. Los cuernos son de un gris claro; los cascos y las uñas ne-

Añádase á lo dicho la suma prevision de estas cabras, las cuales rara vez se olvidan de colocar sus centinelas, como tambien su extraordinaria resistencia vital, pues á veces llevan proyectiles dentro del pulmon y las entrañas y no por eso dejan de trepar con la mayor rapidez por las escarpadas pendientes de los peñascos, escapando casi siempre á la persecucion del cazador. En caso apurado suelen los viejos machos ser tan atrevidos, que precipitan á los imprudentes cazadores desde lo alto de aquellos espantosos peñascos. En Cremomelos cazan casi siempre á nuestro animal desde un bote con escopetas de mucho alcance, á causa de ser aquellas altísimas rocas inaccesibles en la mayor parte de los sitios ó de no poderse trepar á ellas sino con grave peligro de la vida.

La carne de este animal es en extremo sabrosa é incita á la caza á alguno que otro pastor, de modo que es verdad aquello de que tan solo raras veces *da Dios casa que fortalezca el ánimo*, y pocas chozas se presentan adornadas con la cornamenta de machos matados en afortunadas cacerías. Erhard teme que la cabra de bezoar desaparezca á no tardar en Antimelos bajo la influencia destructora del hombre y del tiempo; Sandwith, por el contrario, asegura al animal largos y tranquilos dias de existencia en Creta, pues si se exceptúan el águila y el buitre, los cuales no suelen hacer presa mas que en los individuos jóvenes, no tiene en esta isla ningun otro carnicero por enemigo. En el monte Tauro comienzan, segun Kotschy, las cacerías un mes despues que han abandonado los numerosos rebaños el territorio montañoso, cuando se ha recogido ya la cosecha y terminaron las tareas agrícolas: reinense en esta ocasion cuatro ó cinco montañeses muy prácticos en el país é infatigables; llévanse dentro de un saco de piel de cabra silvestre provisiones para cinco ó seis dias, consistentes en un pan á manera de hogaza y en forma de rollo, en queso, cebollas, café y tabaco; suben con tal carga á cuevas al cinto de las montañas; buscan la pista y se ponen luego en acecho, comunmente, en los límites de un bosquecillo, donde suelen descansar nuestras cabras, pues en otros sitios es muy difícil que se aproximen estas hasta ponerse á tiro.

Se las caza tambien al ojeo en parajes á propósito y que ofrezcan probabilidades de buen éxito: no pocas veces recorren los cazadores varios dias consecutivos la montaña, sin ver una sola pieza, mientras, por el contrario, en otras ocasiones encuentran en un solo dia de cuatro á doce machos juntos. Un cazador comun se da por satisfecho si en un invierno logra apoderarse de cuatro ó cinco cabras silvestres; sin embargo, Kotschy conoció á uno que habia matado unas 150 en el decurso de 15 años, número que no alcanzaba todavía á la mitad de las que habia muerto su padre.

USOS Y PRODUCTOS.—Grande es el provecho que reporta la caza del paseng en el monte Tauro: la carne, tierna y delicada, se parece á la de nuestro corzo; cómese fresca, ó bien se corta en tajadas largas y estrechas que se ponen á secar al aire libre para poderlas comer mas tarde. La piel del animal muerto en invierno, la que tiene largo pelo, sirve de alfombra á los mahometanos, quienes se arrodillan sobre ella cuando hacen oracion, y es muy apreciada á causa del agradable olor que despide; la del muerto en verano, la cual es de pelaje corto, se utiliza para odres; con los cuernos se hacen puños de sable, frascos de pólvora etc., en términos que un macho vale siempre despues de muerto unos treinta ó cuarenta marcos.

CAUTIVIDAD.—Raras veces se ven cabras de bezoar vivas en nuestros parques zoológicos, por mas que no sea difícil conservar animales de esta especie, los cuales están ya acostumbrados al encierro desde los primeros años.

gros, y el iris de color de bronce. La hembra, mucho mas pequeña que el macho, presenta el mismo color de este; pero sus cuernos, comprimidos y obtusos, son mucho mas endebles y miden á lo mas 0^m,25 de longitud; la barba en comparacion con la del macho es rudimentaria.

La cabra de Falconeri fué cogida en las regiones mas elevadas del Himalaya, en el Tibet, por el viajero y observador baron de Hügel, quien le dió aquel nombre en honor á su amigo Falconer, director entonces del jardin botánico de Scharampur; en el año 1839 describió tambien Wagner á nuestro rumiante. Casi en la misma fecha, en 1840, Vigne tuvo noticia de esta cabra, á la cual, segun costumbre de su país, designó con el nombre de *cabra de grandes cuernos*.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La cabra de Falconeri habita, segun Adams, quien nos ha dado una muy detallada descripcion de ella, las cordilleras de la region superior de la cuenca del Indo y del Oxus; se encuentra con frecuencia en todas las montañas que rodean el valle de Peschawur, en el pequeño Tibet, y en las márgenes del Indo hasta Torbela, extendiéndose por el oeste hasta la confluencia de aquel rio y del Sudlege; no abunda menos en el Hindukusch, en Cachemira y en Afganistan, notándose asimismo su presencia en el sur de la Persia; por el este se extiende tan solo hasta el rio Bias y no aparece ya en la region oriental del Himalaya.

USOS, COSTUMBRES Y REGIMEN.—Segun Hügel y Vigne, habita esta cabra las mas altas montañas de su patria; se la encuentra tambien con frecuencia sobre rocas bajas, aunque inaccesibles, junto al agua, por lo que se le dió el nombre de *tsura*, y tiene fama de devorar las serpientes. En el interior de los territorios visitados por Adams se la encuentra reunida generalmente en pequeñas manadas en los sitios erizados de peñascos y pobres en vegetacion, viviendo en una zona mas ó menos elevada segun la época del año. Su régimen es igual al del skyn ó ibex de Himalaya y al de todas las cabras salvajes en general; raras veces se encuentran juntos estos dos animales, pues segun testimonio de un indigena bien informado, empiezan á luchar mutuamente no bien se halla el uno en presencia del otro; vésele en cambio algunas veces en compañía de la cabra Tahir. Por lo que respecta á la creencia popular, que atribuye á nuestro animal la propiedad de devorar serpientes, nada pudo Adams investigar de cierto y solo supo que era una mera preocupacion, que se habia extendido entre los montañeses.

Blyth no ve en el markhor otra cosa que una variedad de la cabra doméstica vuelta probablemente al estado salvaje; Adams rebate decididamente esta opinion, y cree que mas bien debiera ser considerado como una de las razas de las cuales procede nuestra cabra doméstica. Confirman esta última opinion las observaciones hechas sobre nuestro animal, que en los últimos tiempos ha sido varias veces traído á Europa y se ha reproducido además en varios jardines zoológicos; pues la cabra de Falconeri presenta el aspecto de un animal primitivo no transformado por el hombre; muestra las mismas cualidades que sus congéneres, especialmente los ibex y cabras salvajes; tiene la misma fuerza, habilidad y viveza que éstas; muéstrase no menos animosa y aficionada á la lucha y presenta otros rasgos notables del carácter de las cabras salvajes, no difiriendo en nada de ellas.

CAUTIVIDAD.—La cabra de Falconeri no se domestica nunca por completo; familiarizase hasta un cierto grado con su guardian; cuando pequeña, es alegre, retozona y provocativa; muestra cierta timidez y prudencia; pero en edad mas avanzada cambia su conducta; vuélvese terca y atrevida, como todos los individuos de su familia, y acaba, finalmente, por ser un enemigo no del todo despreciable, aun para el hombre mas vigoroso.

—Ni la historia ni la tradicion nos suministran dato alguno cierto para resolver la cuestion relativa al origen de nuestra cabra doméstica y sus numerosísimas razas: el paseng y el markhor parecen ser el tronco primitivo de que descendió este útil animal doméstico; pero no podemos en manera alguna asegurar en qué época fueron reducidos á la domesticidad, ni si mediaron desde luego cruzamientos entre las dos especies, como tampoco estamos en el caso de explicar el modo cómo se han desarrollado y conservado por millares de años las cualidades de las diferentes razas de cabras. Durante la primera época de la piedra, la cabra doméstica era en Suiza mas comun que el carnero, y en nada se diferenciaba entonces su forma de la de aquellas que viven actualmente en los Alpes. Otro tanto podemos observar en las que encontramos representadas en los monumentos de Egipto.

«No falta la cabra de Egipto en las representaciones de los mas antiguos monumentos de este país, por los cuales vemos que ya desde los mas remotos tiempos pertenecia la cabra al grupo de los animales domesticados por los antiguos habitantes del Nilo, constituyendo ella además la parte mas preciada de sus rebaños. En las representaciones y escritos de todas las épocas de la historia de Egipto, se habla de las cabras y sus rebaños, de los pastos y de los cabreros, de la leche y de la carne de las mismas, de su pelaje y de su piel; preparábase con esta materiales para la escritura, haciéndose uso de ella mucho tiempo antes de que se generalizase el empleo del papyrus. Cuando se hace mencion de hechos remotos ó primitivos, se nota con mucha frecuencia que han sido consignados y escritos sobre pieles de cabra; la palabra *ar* significa en los textos egipcios la cabra y la piel de la misma, escribiéndose siempre de la misma manera, y no se puede distinguir si tiene el primero ó segundo significado no mas que por el ajió ó partícula determinativa que viene detrás de dicho vocablo, el cual significaba además la piel de dicho animal preparada ya para poderse escribir en ella, la misma noticia escrita y rollo ó volumen escrito. Una notable inscripcion que puede verse en la sala de la biblioteca del templo de Edfu, dice que allí habia muchos cofres llenos de papyrus y grandes rollos de cuero: estos son tambien expresados en la citada inscripcion por medio de la palabra *ar*. En las tumbas de Giseh y Sakhara, en Sauret-el-Meitin y Beni-Hassan, en Siut, Tebas y El-Kab, se encuentran en todas partes figuras de cabras en las representaciones que hablan de las costumbres y modo de vivir de los primitivos agricultores de Egipto.

»Séame permitido reproducir aquí el importantísimo artículo que en nuestra Revista del antiguo Egipto publicó (1864) tocante á la cabra egipcia, llamada *ar* ó *au* en los jeroglíficos, mi docto amigo Hartmann, quien en su viaje, de tan trascendentales resultados para la ciencia, por el Africa septentrional, consagró especial atencion á los animales domésticos de Egipto, sin descuidar los que están representados en los monumentos de este país. «Las cabras, que ya desde los mas remotos siglos se criaban en Egipto, pertenecen á la raza etiópica (*capra hircus aethiopia*) la cual es congénere de la cabra siria de Mamber (*capra hircus mambria*): distínguese por tener abovedado el dorso de la nariz, por sus largas orejas, por su pelaje basto y bastante largo, por sus tetetas tambien largas y pendientes y por los cuernos que se encorvan á menudo hácia atrás y afuera, y se presentan en ambos sexos, aunque pueden faltar tambien en uno y otro. Nótese dos razas principales, una cuyos individuos tienen el dorso de la nariz muy abovedado (*capra hircus thebaica*) y otra en los cuales no lo es tanto: encuéntrase á menudo en Egipto y Nubia varias especies intermedias entre las citadas, resultado de continuos cruzamientos, las cuales se presentan

con orejas tan pronto cortas como largas, con el dorso de la nariz mas ó menos abovedado y con ó sin tubérculos carnosos en el cuello, no siendo tampoco raros los cruzamientos entre individuos de estas razas intermedias y las cabras de la Libia (*capra hircus lybica*), los mestizos de Sennaar y la cabra del centro del Sudan (*capra hircus reversa*). La cabra egipcia de orejas cortas, criada por los constructores de las pirámides, fué obtenida por cruzamiento artificial. Los antiguos han reproducido con bastante fidelidad el carácter de

la raza etiópica, y se ve que todas las citadas variedades, inclusa la de orejas cortas, que no aparece hasta mas tarde, les fueron perfectamente conocidas.

»Las representaciones existentes en Giseh presentan al lado de la cabra llamada de la Tebaida por Fitzinger (*hircus thebaicus*), la cabra de Egipto (*hircus aegyptiaca*): una y otra raza están siempre representadas con barbas.»

Resulta, pues, de lo dicho, que ya en los mas antiguos tiempos habia razas de cabras, las cuales en nada absoluta-

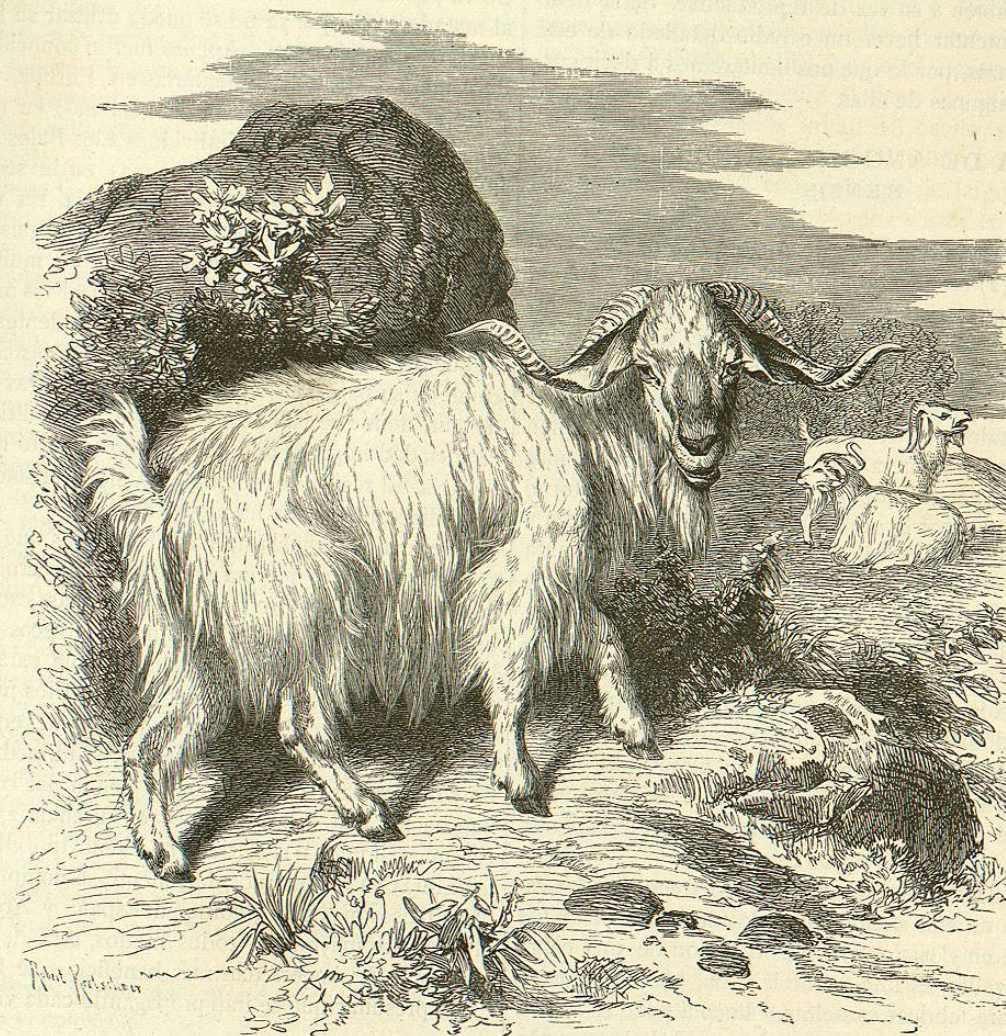


Fig. 252.—LA CABRA DE ANGORA

mente se diferencian de las existentes en nuestros días, y precisamente la estabilidad de las mismas y la constancia de las cualidades propias de cada una de ellas es parte á que puedan únicamente hacerse conjeturas sobre su origen. Son estas razas en tan crecido número que, segun tengo ya notado, es imposible hacer una enumeracion de todas ellas, no siendo mas difícil establecer una clasificacion científicamente fundada de las mismas. No hay viajero que al poner su pié en una comarca del interior del Africa y del Asia, poco visitada ó no muy conocida hasta el presente, no descubra nuevas razas y á menudo tan diferentes, que pudieran muy bien varias de ellas ser consideradas como particulares y totalmente independientes de las otras: Fitzinger es uno de los tales viajeros, y admite doce especies distintas, las que designa con los siguientes nombres: *cabra doméstica de Europa, cabra de Berberia, cabra del Sudan, cabra de cuernos planos, cabra enana, cabra de Angora, cabra de Cachemira, cabra crespa, cabra de Nepal, cabra de Egipto, cabra de Mamber y cabra de la Tebaida*. La forma, tamaño, curvatura y pliegues de los cuernos, el desarrollo de las orejas y

de las mamas, el pelaje, etc., son tan diferentes en las razas, como el aspecto y talla del cuerpo, la estructura de los miembros y el color; los cuernos alcanzan unas veces la magnitud y peso de los del paseng, al paso que otras se reducen y atrofian hasta convertirse en meros muñones, ó desaparecen por completo, presentándose algunas duplicados, de modo que hay individuos que llevan cuatro de aquellos; las orejas, ora están tiesas, ora colgantes, dirigidas hácia adelante ó hácia atrás, pequeñas y graciosas, ó bien lobuladas y pendientes hasta casi tocar al suelo. Clark midió las de una raza existente en la isla Mauricio, las cuales tenían doce centímetros de ancho por cincuenta de largo. Segun Gordon y Darwin, las tetetas de las varias razas domesticadas difieren tambien mucho por su forma: las de la cabra comun ó de Europa son prolongadas, las de la de Angora hemisféricas, las de la de Siria y Nubia bilobuladas, etc. La presencia de glándulas de cascos en las cuatro patas era antes un carácter distintivo de los óvidos, al paso que su ausencia servia para distinguir á los cápridos; pero este carácter no tiene ya valor alguno, pues Hodgson ha descubierto que en la mayo-